

LUNA MALIGNA

Con pérfido aparato
De amorosa fatiga,
Luce su oro en la intriga
Y en el ojo del gato.

—

Poetas, su recato
No pasa de su liga ;
Evitad que os consiga
Su fácil celibato.

—

El dulce Shakspeare canta
Su distinción de infanta ;
Mas cuando su alma aduna

—

Con Julieta infelice,
Swear not by the moon, dice:
«No juréis por la luna»...

LUNA CIUDADANA

Mientras cruza el tranvía una pobre comarca
De suburbio y de vagas chimeneas,
Desde un rincón punzado por crujidos de barca,
Fulano en versátil aerostación de ideas,
Alivia su consuetudinario
Itinerario.

Las cosas que ensarta,
Anticipan con clarividencia,
La errabunda displicencia
De una eventual comida á la carta.
Afuera, el encanto breve
Del crepúsculo dilata un dulce arcano,
Que abisma el plenilunio temprano
En la luminosa fusión de su nieve.

El truhan de vehículo,
Molesta, bien se vé, con su ferralla,
A un señor de gran talla
Que lee un artículo.
Y ya no hay más persona,
Que una muchacha de juventud modesta
Sentada á la parte opuesta :
Lindos ojos, boca fresca. Muy mona.

En elegante atavío
Realza sus contornos,

Un traje verde obscuro, con adornos
Violeta sombrío.
Aligera esa seriedad de otoño
Con gracia sencilla,
Un ampo de gasa que en petulante moño,
Va acariciando la tierna barbilla.

Sugiere devaneos de conquista
La ambigüedad que en su rostro lucha,
Con su intrepidez flacucha
De institutriz ó de florista.
Mas desconcierta el asedio,
La imperiosa silueta
De su mano enguantada en seis y medio
Con parsimonia coqueta.
Y aquella aristocracia,
Anómala en tal barrio y á tal hora,
Insinúa en el peligro de su gracia
Una angustia embriagadora.

Quizá se llame Leonilda ó Elisa...
Quizá en su persona se hermane,
Un doméstico aroma de melisa
A un mundano soplo de frangipane...
Quizá su figura indecisa
Reserve al amor de algún joven ladino,
En la inocencia de una futura sonrisa
La poesía de un ángel del destino.
Acaso en la muda
Fatalidad de una vulgar tragedia,
Con sensata virtud de clase media,
Cose para una madre viuda.
Quizá...

Y en ese instante de familiar consueo,
Tras el exacto campanillazo,
La desconocida, leve como un vuelo,
Desciende. ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Un pedazo
De legítimo cielo!

Como un claro témpano se congela
El plenilunio en el ámbito de la calle,
Donde aquel fino talle,
Sugiriendo ternuras de acuarela,
Pone un detalle
De excelente escuela.

La linda criatura,
Descubrió con casta indiferencia,
Para dar su saltito más segura,
Una pierna de infantil largura
Que puso su juventud en evidencia.
Y su cuello grácil,
Y su minucioso paso de doncella,
Bien dicen que no es aquella
Una chica fácil.

* * *

Muy luego ante su botella
Y su rosbif, el joven pasajero
Se ha puesto á pensar—¡qué bueno!—en una es-
trella.]

Quando de pronto un organillo callejero
Viene á entristecerle la vida,
Trayéndole en una romanza
El recuerdo de la desconocida.
—¡Ah, por qué no le ofreció una mano comedida!
¿Por qué olvidamos así la buena crianza?

¡Cómo se sentiría de noble en su presencia!
¡Con qué bienestar de hermanos,
Comentarían fielmente sus manos
Una hora mutua de benevolencia!

Y entre divagaciones remotas,
De melancolía y de indolencia,
Por la calle que mide con popular frecuencia

El paso notorio de las cocotas;
Vuelve Fulano á verla, en un estado
De ternura infinita,
Con cierta noble cuita
De novio infortunado.

El café le pone las ideas de luto,
Y le molesta con absurda inquina,
Cierta aire sardónico en el mozo enjuto
Que aguarda su propina.
Pero aun se queda padeciendo largo rato,
Y monda que te monda
Los dientes. Qué diablos, esas comidas de fonda
Son el martirio del celibato.

Para colmo el organillo, de dónde
Saca, después de su más dulce habanera,
La donna é mobile—una verdadera
Necedad de lindo conde...

El pobre Fulano,
Vuelve á evocar, vagamente poeta,
La suave silueta
De la muchacha del tranvía suburbano.
Dulce academia de luna,
De luna espolvoreada
Al pastel, en una
Ceniza verde, entre verde y dorada.

¡ Verdaderamente hay encuentros sin fortuna!

LUNA BOHEMIA

Al reanudar su amoroso convenio
Con la pequeña ingrata
Que fuera por un divino bienio
El perpetuo tema de su sonata,
El joven bohemio tortura su corbata
Con un altanero regocijo de ingenio.
Y ella tiene los clásicos mimos de rubia gata...

La buena estación los junta
Con una lánguida ebriedad de instinto.
Ella tiene la cabeza hecha un laberinto,
El le vé á cada lápiz un soneto en la punta.
Ella es blonda y un poco cejijunta.
El es moreno y se llama Jacinto.

Con regocijo oculto y tierno,
La ha visto abandonar como un pimpollo
En la frescura rosa de su desarrollo,
La grave cachemira que la infligió el invierno.
En aquella suntuosidad bruna,
Fué perla inaccesible á su monopolio
De triste joyero de la luna;
Y á ese aislador contraste de la fortuna,
Aquel amor fué el ganso de su capitolio.

La pobreza, madrastra de esclavos,
Es para el amor mala consejera.
No se ama en verso sino por primavera,

Con una rosa y dos centavos.
El lujo de buena cepa,
Cual la orquídea congénere necesita la estufa ;
Y solamente así no discrepa,
Con su poco de noche, su Borgoña y su trufa.
¡ Ah, qué mal le trató la suerte,
Cuando por más perfidia de celosos venenos,
La vió con angustias de muerte
En el refugio de los brazos ajenos !
Mas las gatas mimosas no saben tener frío,
Y él no poseía por su mal,
Otro bien que la luna, buena sólo en estío,
Pues apenas hay cosa más glacial.
En el insomnio de sus célibes horas,
La soledad curaba, papando de hito,
En la honda castidad del infinito
El azul infantil de sus auroras.
Y decidido á esperar la buena estación
Puso á dieta estoica su corazón.
Pero la ausencia de la amiga dió origen
A la más lacerante envidia,
Al deseirla en la pérvida desidia
De esas horas ajenas que tan cruelmente afligen.

Hoy que su sencillez asocia
Con un petulante garbo,
La gracia de la breve toca color ruibarbo
Al popular imperio de la seda de Escocia ;
Vuelve el amor, en magnífico evento,
A hacer del tugurio alcoba regia
Que un encanto fraternal privilegia
Cuando á través del aposento,
La amiga cruza con serenidad de hermana,
Hojeando un cuaderno de música alemana.

Aquel desvencijado limbo,
Vuélvese á su contacto la capilla risueña,
Donde la luna habitual forma el nimbo
De su loca greña.

Y donde, vívido abejerro,
El amor que zumba en torno de sus mieles,
Junta en prudente ahorro
Las migajas de besos que llenan los manteles

Sobre el fatigado diván de estambre,
Apuran el escaso champaña
En que con locura nada extraña
Gastaron un mes de hambre.
Al empinar su copa,
Con un resto de púdica vergüenza
La niña su seno arropa
En el oro pluvial de su trenza.
Y por el solariego caballet de adobe,
Asomando con sardónico arte,
Para que más el amor los arrobe,
La luna en la fiesta toma parte.

Las copas vacías hace ya mucho rato,
Brillan cuajadas de joyas lunares,
Luciendo un anacrónico boato
De adamantinos azahares
En aquel tugurio de literato.

Mas brindando á la luna por la ventana,
Los amantes apuran sus copas secas,
Con inteligentes muecas
De comedia italiana.

Gozando en absurdo extremo
Sus amorosos desatinos,
Beben luna en un éxtasis supremo.

¡ Y sus besos untados de luna, son divinos !

LUNA CAMPESTRE

Infinitamente gimen los ejes broncos
De lejanas carretas en la tarde morosa,
A flor de tierra, entre los negros troncos,
La luna semeja un hongo rosa.
Bajo el bochorno, la hierba seca
Permanece asolada y sumisa ;
Pero ya una ligera brisa
Templa la amarga rabia de la jaqueca.
Da al poético molino
Su compás hidráulico á la paz macilenta ;
Y llena de luna su alma simple como la menta,
A ilusorios pesebres rebuzna un pollino.

El sauce llorón con la noche se integra,
Como un ermitaño intonso,
Que rezara un responso
Sobre el agua negra.
En cada menudo pliegue
De la onda, el plenilunio se estaña,
Al paso que va amortajando la campaña
Su paralizante jalbegue.
Pónense misteriosas las praderas ;
Suenan últimamente las esquilas pueriles ;
Los bosques parecen riberas,
Y mansos ríos los carriles.

Con la blanda brisa, lléganos
De las hijuelas regadías
El cálido perfume de los oréganos.
Y entre humidades sombrías
De veraniegas albahacas,
Una exhalación vegetal de vacas
Olorosas como sandías.

El azul del sencillo cielo agrario,
Promete á la buena voluntad sus alturas.
Pasa todavía un jinete solitario...
Y hay mozas calladas en las puertas oscuras.

A medida que asciende por el cielo tardío,
La luna parece que inciensa
Un sopor mezclado de dulce hastío;
Y el sueño va anulando el albedrío
En una horizontalidad de agua inmensa.
Ligero sueño de los crepúsculos, suave
Como la negra madurez del higo;
Sueño lunar que se goza consigo
Mismo, como en su propia ala duerme el ave.

Cuando uno despierta,
Con el rostro vuelto al cielo ya bien claro,
El plenilunio le abisma en un desamparo
De alta mar, sin un eco en la noche desierta.
Sobre el disco la ingenua leyenda se concilia
Al paisaje astronómico en él inscripto,
Haciendo viajar la Sacra Familia
Para un quimérico Egipto.
Y está todo: la Virgen con el niño; al flanco
San José (algunos tienen la fortuna
De ver su vara); y el buen burrito blanco
Trota que trota los campos de la luna.

Adquiere el alma un timbre de pieza argentina
Entre reminiscencias triviales ó burlonas:
Aquella tos anómala... La última becasina...

—Un buen tiro—El correo... Dos ó tres personas...
Y una ternura paulatina
De suaves Juanas y frescas Petronas.

La luna desde el cénit los campos domina;
Y el alma se dilata en su portento
Con ritmo uniforme y vago,
Como el agua concéntrica de un lago
En torno de un cisne lento.
Y pasa uno así la noche entera,
Vuelto sobre el vientre desde ha ya largo rato,
Hasta que con lúgubre aparato
El disco se hunde tras la horizontal barrera.
Firme en la quimera
De amor tan insensato,
Mientras haya una vislumbre en la pradera.
Fiel como un gato
A la última brasa casera...

LUNA CREPUSCULAR

La tarde sobre la palpitación marina,
Donde finos lingotes el Ocaso fragua,
Parece aprontarte una divina
Anegación de luz y de agua.
Tu alma ligera como la velutina,
Sobre las leves siluetas
De aquel pálido conjunto,
Anticipa en encanto de lunar asunto
Los habituales *Angelus* violetas.

El jardín, con sus íntimos retiros,
Dará á tu alado ensueño fácil jaula,
Donde la luna te abrirá su aula
Y yo seré tu profesor de suspiros.
El astro, entre los árboles espesos,
Hará á nuestra miseria suntuosa tramoya ;
Y por no desprendernos de tan alta joya,
Nos moriremos de hambre, de poesía y de besos.

Mas ya la luna con amable trueque,
Por el balcón que en fondos lilas se dilata,
Libra en blanco—naturalmente—su cheque,
Y estamos ya nadando en plata.
Con no sé qué presagio obscuro,
Tu mente en penas vagas se encapricha ;
Y mi amistad ofrece á tu desdicha

Una fidelidad de viejo muro.
En el coqueto cruce
De tu fichú casi estricto,
Para mi amor, como la sombra adicto,
Tibiezas de perla la luna trasluce.
La soledad de nuestra ventura,
Reina sin la impureza de un estorbo,
Y cada beso bebe alma como un sorbo
De agua sensible y obscura.
El espejo, que ansiando la doble certeza
De tu imagen, con ojos insaciables taladro,
Adquiera al llenarse con tu belleza
Una dignidad de noble cuadro.
En su macilento
Baño de luz, tu cuerpo sumerge
Su blanco estremecimiento ;
Y yo vigilo cual taciturno conserje
Aquel pálido portento.
Sólo la luna puede tocar con sus destellos
El íntegro alabastro de tu persona,
Cuando descende sobre tus cabellos
Con una serenidad de corona.

Y para que postergue
Su caricia oportuna
Como un sueño futuro en nuestro albergue,
Tu desnudez será su lámpara, una
Suave lámpara llena de luna.

La aguda sutileza
Con que mi amor deleito
Provocando á tus gracias dulce pleito,
Doblega tristemente tu cabeza.
En el azul ambiguo
Donde la luna su ópalo incrusta,
Asume la hora una serenidad augusta
De crepúsculo antiguo.
Sobre la armonía griega
Del paisaje, que casi nocturno ya reposa,

El crepúsculo mezcla un vaho rosa
A aquel débil oro de luna veraniega.
En la onda cercana,
Pasea un cisne su fineza de duque ;
Y parece que por la abierta ventana
La tarde nos meciera como un tranquilo buque.

LUNA DE LAS TRISTEZAS

Sintiendo vagar por su elegante persona
Una desolada intimidad de hastío,
La bella solterona
(Treinta y ocho años, regio porte, un tanto frío
De beldad sajona)
Desde el tocador ya bastante sombrío
Vé morir un crepúsculo en el río,
Y á su confidente suavidad se abandona.

La hora se purifica, llena de pesadumbre.
Una voz lejana interpela: ¡Pablo!... ¡Pablo!...
Y un trasatlántico, solemne en la vislumbre,
Brama con ronca mansedumbre
Como el buey en el establo.
El muelle desierto ábrese á ignotos emporios;
En algunos cables flotan piezas de ropa;
Y hacia el azul rogado por *Angelus* ilusorios,
El rancho marinero vaporiza su sopa.
Las dársenas, ya opacas de penumbras ligeras,
Se paralizan en lívidas charcas.
Y cubre las riberas
Una taciturna quietud de barcas
Extranjeras...

Con el sosiego artístico
De un cisne que dilata las acuáticas sedas,
Un plenilunio místico

Encanta en blanco lejanas arboledas.
La noble solitaria,
Tiene las penas lógicas de ese cuadro tan propio;
Y su inquietud pasionaria.
Asciende como una plegaria
Hacia aquella luna de opio.

Su último amor se ha desvanecido
Bajo el silencio de una dignidad sombría,
En la ilusión de un precoz marido
Algo bachiller todavía.
El trivial jovenzuelo,
Pasó junto á aquella insospechada fortuna,
Como un transeunte pasa mirando al cielo.
Por episodios de estos llora más de una.

Fué aquella noche fatal, noche de luna
También. Un sauce palidecía hoja por hoja
En el jardín. Y en el balcón obscuro,
Vestida de blanco palpitaba su congoja,
El fumaba pausadamente su puro.

Hablaron algo de crónica mundana;
De Lohengrín que tuvo este año un mal reparto;
Del casamiento de Lucía Quintana...
Pero á las once menos cuarto,
El joven, decididamente inepto,
Murmuró, «señorita...»
Y concluyó su visita
Como siempre. ¡ Ah, la eternidad de este concepto!
¡ Siempre! Y su alma sombría y tierna,
Como humedad volátil se le hiela en la frente.
Con dulzura casi materna,
Evoca el par de ligas que estrenó inútilmente...
Su falda violeta,
Emanaba el perfume inherente;
Y en el jardín, al lado de la habitual glorieta,
Comentaba su languidez secreta
La melancólica frivolidad de la fuente.

Piensa con angustia nimia,
Que ha sido necia su esquivéz bisoña;
La páfida alquimia
De la luna, la emponzoña,
Y mientras en el parque macilento,
Hila la fuente el lírico cristal de su chorro,
Su albo cuerpo asume un mal pensamiento,
Como un lirio que traga un abejorro.

Sin duda el ingrato ronda las escuelas,
Incendiario el ojo, el alma pronta,
Buscando á las insípidas chicuelas
Con su moñó en la nuca y su vanidad tonta.
Mas, ante la pureza de su propia amargura,
Su alma abandonando las terrestres querellas,
Se profundiza en lágrimas, como una noche oscura
En estrellas.

El lánguido paisaje,
Le da la certidumbre de la nada.
¡ Quién la creyera en su alto linaje,
Tan sentimental y tan desdichada!

Bajo el dolor exánime que la enerva
Ante la sandez del joven libertino,
— Con una compasiva docilidad de cierva, —
Siente que simboliza su destino,
La sonrisa fútil é infinita
De una estampa siglo dieciocho,
Sobre una viejecita
Que roe un bizcocho..

LUNA DE LOS AMORES

Desde el horizonte suburbano,
El plenilunio crepuscular destella
En el desierto comedor, un lejano
Reflejo, que apenas insinúa su huella.
Hay una mesa grande y un anaquel mediano.
Un viejo reloj de espíritu luterano.
Una gota de luna en una botella.
Y sobre el ébano sonoro del piano,
Resalta una clara doncella.

Arrojando al hastío de las cosas iguales
Su palabra bisílaba y abstrusa,
En lento brillo el péndulo, como una larga fusa,
Anota el silencio con tiempos paradójales.

El piano está mudo, con una tecla hundida
Bajo un dedo inerte. El encerado nuevo
Huele á droga desvanecida.
La joven está pensando en la vida.
Por allá dentro, la criada bate un huevo.

Llena ahora de luna y de discreta
Poesía, dijérase que esa joven brilla
En su corola de cambray, fina y sencilla
Como la flor del peral. ¡Pobre Enriqueta!